

En una sociedad compleja como la actual, plantear el estudio de una disciplina artística asociada a su contemporaneidad no es tarea fácil. Al reto de carecer de perspectiva histórica para enjuiciar sus actuaciones o para ordenarlas en las categorías a las que los historiadores recurrimos, hay que unir la pluralidad de opciones que ofrece un mundo globalizado y en perpetua reinvencción. Así, refiriéndonos al ámbito de la arquitectura contemporánea, plantear su estudio como el de una disciplina diacrónica, basada en la sucesión de tendencias o en la suma de las obras que conforman la trayectoria de un autor resulta insuficiente. Es evidente que, en la medida en que la arquitectura se relaciona con otras disciplinas, hay que plantear su investigación como resultado de la fusión o interrelación con ellas. La pretensión de esta comunicación es, a la luz de lo expuesto (e ilustrando cada caso con prototípicos ejemplos de la constructiva reciente), no intentar resolver las incógnitas que rodean al desenvolvimiento de la arquitectura del siglo XXI sino cuestionarse su presente y su porvenir e intentar definir los caminos que está hollando; sendas que, en esa medida, nos vemos obligados a trillar quienes deseamos seguir sus huellas.

Entre los factores que dan título a la comunicación y definen y/o redefinen la concepción actual de la arquitectura encontramos algunos que, a fuer de ser justos, han influido siempre en su configuración. La relación de la estética (entendida aquí como belleza de la construcción), el urbanismo o la economía con el diseño arquitectónico es consustancial a su desarrollo y así lo ha sido a lo largo de la historia. Estaríamos refiriéndonos a condicionantes convertidos en invariantes que, relacionados con la arquitectura, han ofrecido resultados válidos y aún hoy siguen demostrando su eficacia. Sin embargo, también es verdad que la sociedad tecnificada y masificada actual no guarda paralelismos con tiempos pretéritos y, por esa razón, habría que replantear el estudio de estas disciplinas, pues es evidente que en las últimas décadas se han desarrollado nuevos usos arquitectónicos, se ha pluralizado la imagen de edificio estéticamente válido o, por ejemplo, han interferido en el desarrollo arquitectónico intereses, políticas y sociedades antes desconocidas. Desde ese punto de vista, redundar en las relaciones entre arquitectura y estética, economía o urbanismo sigue resultando igual de importante que en otros momentos, con la particularidad de que hay que plantear ese acercamiento desde la perspectiva inédita del siglo XXI.

Refiriéndonos primero a la imbricación entre arquitectura y estética, hemos de ser conscientes de que no descubrimos un ámbito de estudio revolucionario en nuestro enfrentamiento con la constructiva actual, pues desde el Renacimiento el arquitecto tiene conciencia de que su trabajo es más que una actividad técnica o funcional, al responder a un proceso explícitamente artístico. Vista así, nuestra intención podría parecer redundante por su escasa originalidad. Sin embargo, habría que plantear como novedad el hecho de que el concepto de atractivo arquitectónico ha evolucionado desde entonces y, partiendo de ese punto de vista, el historiador debería plantearse si asiste a un proceso de redefinición del concepto de estética arquitectónica o si la imagen que proyecta una parte de la arquitectura actual no responde tanto a afanes revolucionarios como satisface ciertos deseos mediáticos de epatar a la sociedad durante el instante que dura la sorpresa inicial. De ser así podríamos estar enfrentándonos al riesgo de simplificar la práctica arquitectónica, de sustraer parte del contenido proyectual que le es inherente, de restarle fundamento al diseño y de avanzar en una senda peligrosa para la solidez de la constructiva futura; y de ello ha de ser consciente el historiador que se dedique a su estudio.

En esa misma línea resulta importante valorar el papel que la voluntad de individualidad del arquitecto (y, en ese sentido, de exclusividad) tiene a la hora de «fabricarse» una estética propia que, en su deseo de ser definidora, puede caer en tipologías excesivas y, lo que es más arriesgado, redundantes. La facilidad con la que se identifican en el panorama actual los trabajos de ciertos autores nos alerta sobre una tendencia real y nos avisa de los inconvenientes que ello puede suponer.

Como en el caso que acabamos de esbozar, relacionar arquitectura y urbanismo tampoco supone una novedad historiográfica. De hecho, podría parecer reiterativo cuando es algo que se da por supuesto desde el nacimiento de las primeras poblaciones. Sin embargo, igual que en el ejemplo anterior, el replanteamiento de las relaciones entre construcción y urbanismo puede ofrecer nuevos puntos de vista al historiador.

Uno de esos aspectos consiste en observar cómo la arquitectura está contribuyendo a redefinir el perfil del entorno urbano con nuevos iconos (como pudieron serlo antaño las catedrales góticas o los primeros rascacielos) y, lo que es inédito y más interesante, lo hace con consciencia de su cometido. Los ejemplos que se podrían dibujar a este respecto son abundantes y elocuentes, pudiendo señalar el papel de la Torre Agbar de Jean Nouvel o la Swiss Re de Norman Foster, que han colaborado en la redefinición de los *skylines* de Barcelona y Londres respectivamente. Pero no sólo los rascacielos se traducen en motivos icónicos del

urbanismo del siglo XXI. Ese papel también lo juegan edificaciones con una fuerte personalidad, capacidad de atracción y voluntad de renovación como el Museo Guggenheim de Bilbao o la Ciudad de las Artes y las Ciencias de Valencia, por citar sólo dos ejemplos; construcciones que son parte del patrimonio monumental, turístico y publicitario de sus ciudades a pesar de que se supone que adquirir esa categoría es tarea de sedimentación y ninguno de los casos citados sobrepasa la década de existencia. Junto a este rasgo, no cabe duda de que la arquitectura también está rediseñando entornos no específicamente urbanizados sino naturales. Ése sería el papel, por ejemplo, de los complejos hoteleros y residenciales de lujo que se erigen en Oriente Medio (Qatar, Dubai...) o del impulso arquitectónico y urbanístico que vive un gigante en proceso de despertamiento como China. Desde este punto de vista sería atractivo observar el papel que juega la arquitectura en un proceso en el que ya no está al servicio del urbanismo de un escenario prediseñado sino que ella misma es capaz de modificarlo, redirigirlo y condicionar su desarrollo.

También se ha citado como factor condicionante de la arquitectura el aspecto monetario que los gestores de potentes economías -públicas y privadas- entretejen con la constructiva para convertirla en portavoz de sus intereses. La construcción como metalenguaje no es un descubrimiento reciente y, en cualquier época, es expresión de poder, riqueza, posición social y reafirmación de dichos valores. Sin embargo, en el ámbito reciente la arquitectura se reorienta en ese papel y se dirige hacia nuevos objetivos convirtiéndose, por ejemplo, en foco de atracción turística como nunca hasta ahora (porque tampoco la cultura del ocio había tenido antes un peso tan específico como en las sociedades desarrolladas actuales). En este sentido la arquitectura transmite valores que interesan a los estamentos de poder (modernidad, desarrollo, competitividad...) y además actúa como imán hacia los núcleos que desean reafirmar dichas pretensiones. Entre los ejemplos reseñables a este respecto cabría citar el impulso turístico que, a través de su arquitectura reciente, se ha dado a enclaves como la Rioja alavesa, Bilbao, Valencia, Zaragoza, etc. y eso sin tan siquiera abandonar el territorio español...

Esta relación arquitectura-economía habría de leerse, además, a la inversa; esto es, habría que observar que, al igual que los estamentos de poder utilizan la arquitectura para sus fines, ella también se aprovecha de estos casi ilimitados recursos. Se trata de algo importante porque plantea el cómo y el para qué de la arquitectura actual; es decir, cuánto hay de ejercicio serio de arquitectura en algunas macro-operaciones financieras y urbanísticas y cuánto de especulación. E incluso, yendo más lejos, ¿está usando la arquitectura esos medios de manera comprometida con la realidad del planeta, justa y equilibradamente o los emplea como gasto antes que como inversión? El historiador debería ser consciente del desequilibrio que un planeta en los límites de la sostenibilidad ofrece y también debería plantearse en qué medida la constructiva ahonda en dichas diferencias o contribuye a desdibujarlas. Sólo así nuestra percepción de la arquitectura será completa, equilibrada y realista; sólo así la historia de la arquitectura será realmente historia y no crónica.

Hablando de sostenibilidad y sociedad viene a nuestra mente un aspecto al que la arquitectura de hoy debe numerosos réditos siendo un ámbito que, como los anteriores, contribuye a releer su imagen pero, a diferencia de lo observado, lo hace desde la novedad. Nos adentramos en el análisis de factores que conectan la arquitectura con la actualidad, la traen al aquí y ahora y la proyectan hacia el mañana. Estos ámbitos están menos estudiados y por ello son susceptibles de brindar resultados interesantes, tanto por su repercusión como por el cambio constante que ofrecen, lo desconocido de su desarrollo, la importancia de su aportación, etc.

Volviendo al inicio del argumento, esta comunicación trata ahora de observar la relación que la arquitectura contemporánea mantiene con la ecología. En este sentido el historiador habría de valorar el nivel de compromiso de la construcción en la sostenibilidad del planeta. Aquí cobran interés factores inéditos como el desarrollo de la eficiencia energética de los edificios, la maximización de los recursos ecológicos en arquitectura, la minimización del impacto de ésta sobre el medio ambiente, etc. Como el investigador se mueve en un campo en el que es fácil caer en la demagogia, debería permanecer atento a la cuestión de cuánto hay de responsabilidad en estas actitudes y cuánto de impostura frente a la galería mediática.

Cambiando de agente, revolucionaria es también la aplicación que en arquitectura están desempeñando las nuevas tecnologías, las cuales condicionan las peculiaridades ecológicas de los edificios además de su estética, desarrollo planimétrico o funcionalidad. Es por ello que del vasto campo de tecnologías aplicadas a la arquitectura merecen especial atención las que favorecen el surgimiento de originales tipologías (por ejemplo el programa Catia, popularizado por Frank Gehry) y también aquellas otras que, como se ha apuntado, se preocupan por optimizar los medios disponibles, ahorrando en costes y potenciando el uso de recursos naturales en los edificios (empleo de energías renovables, etc.).

Si bien es seguro que existen más factores con los que ampliar las variables que condicionan el presente y el futuro de la arquitectura, el estudio de las aquí referidas ofrece ventajas en el deseo de ahondar en la idiosincrasia de la constructiva actual. En primer lugar, cuanto mayor sea el número de agentes con que trabajemos, más objetivas, complejas y firmes serán nuestras conclusiones, de tal modo que así se asientan las bases para el reciclaje de los estudios arquitectónicos. Además, esta comunicación busca subrayar que, a pesar de no ser la pretensión del historiador dirigir o redirigir el arte, una mirada distante y objetiva quizá permita evidenciar tanto los avances y aciertos de la arquitectura de hoy como algunos erráticos comportamientos (el diseño de espacios espectaculares que no se corresponden con la función a la que se

destinan, la carencia de proyectos completos y complejos que estudien todas las variables que afectarán a la obra una vez finalizada, el exponencial aumento que ello conlleva en cuanto a costes y honorarios de los autores, convertidos en «pontífices» mediáticos, etc.). Al tratar de clarificar la situación del mundo arquitectónico quedan a la vista sus logros y virtudes al tiempo que se manifiestan sus deméritos o carencias, procediendo el historiador a objetivar la realidad de la arquitectura contemporánea y a proyectarla hacia el futuro con mayor capacidad de análisis y autocrítica.